

13 Mayo 77
19094

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

EL PUÑAL
DE LOS CELOS,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA.

SEGUNDA EDICION REFUNDIDA.

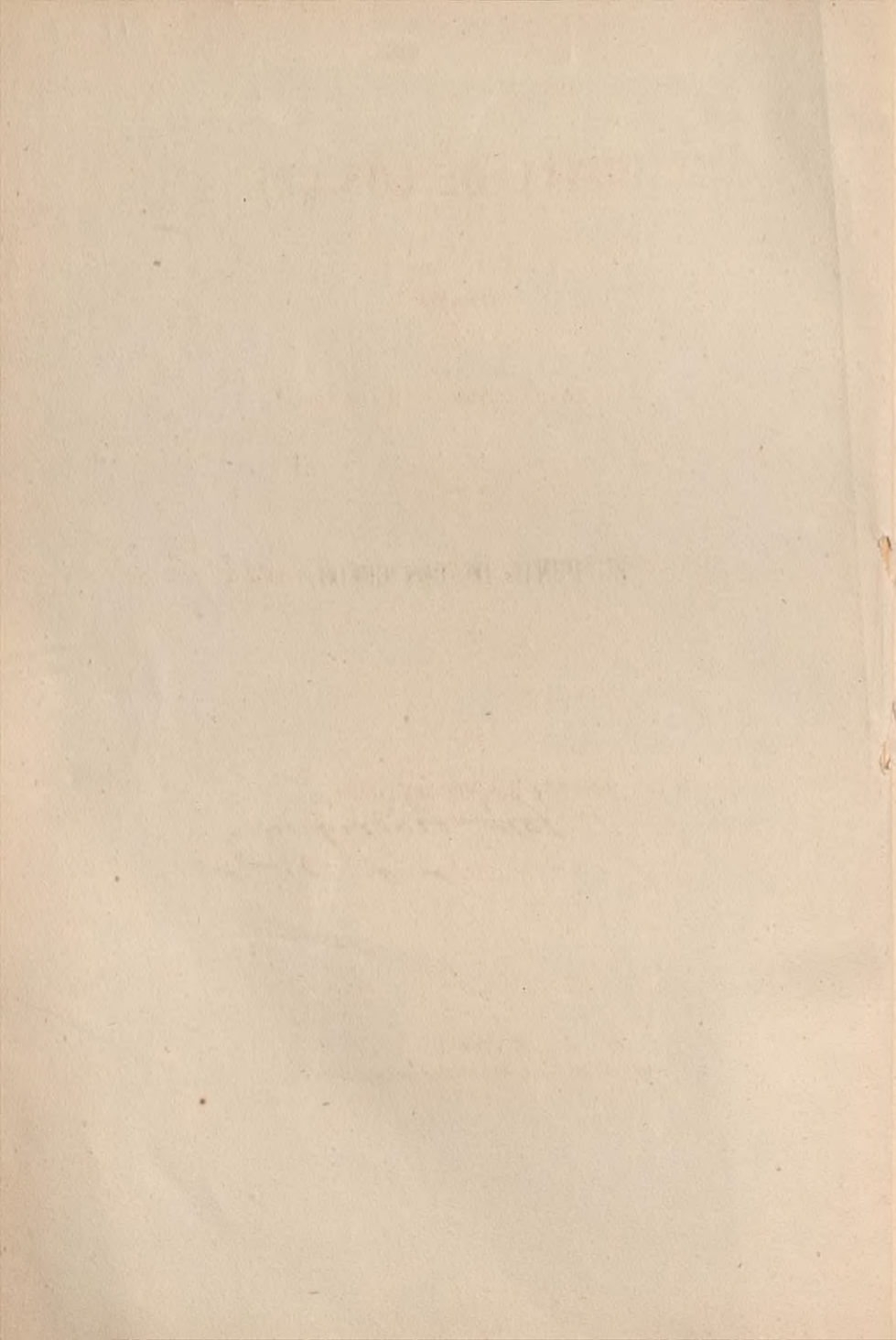
MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

THE LOS CELOS

D. AUGUSTO E. MADRUGA Y GARCIA

EL PUÑAL DE LOS CELOS.

José Rodríguez



LV-6

EL PUÑAL DE LOS CELOS.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA.

SEGUNDA EDICION REFUNDIDA.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1877.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARÍA.....	SRA. PEREZ.
MAGDALENA.....	MUÑOZ.
EDUARDO.....	SR. RODRIGUEZ.
PABLO.....	MORA.
LÚCAS.....	VIDAL.
JUANA.....	SRA. HEREDERO.

La accion á mediados del siglo XIX y en tierra de
Castilla.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Administracion Lirico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Reg. 892 lib. 24

Á MI QUERIDÍSIMO PADRE

EL SEÑOR

DON AGUSTIN N. MÁDAN,

EL MAS AMANTE,

EL MAS CARÍOSO, EL MEJOR DE LOS PADRES.

Como un débil tributo de amor filial y profunda gratitud.

El Autor

Habana.—Octubre de 1874.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con decencia, pero sin lujo.—Puertas al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

LÚCAS, MARÍA, MAGDALENA.

- LUCAS. (Á Magdalena.) Aun en medio de tus dichas
asoma el llanto á tus ojos!
Es poca nuestra ventura?
Placer es acaso corto
el que el destino nos da?
Poder contemplar su rostro
tras una terrible ausencia
que aun en la dicha deploro?
(Á María.) Por qué te escondes, María?
No compartés mi alborozo?
- MARÍA. No calumniéis á estas lágrimas
de felicidad que lloro.
De las grandes alegrías
el llanto es el desahogo.
- LUCAS. Tú te acordarás de Pablo,
no es cierto? Aunque era muy mozo
cuando salió de este pueblo...
- MARÍA. Su grato recuerdo escondo
en mitad del corazón!
(Ap.) (Si supiera que le adoro!)

LUCAS. (Con intencion.) Tú has de quererle, María.
cual quiere un hermano al otro.

MARIA. (Conmovida.) Ah! Señor, cuán bueno sois;
vuestra nobleza conozco.

LUCAS. (Id.) Si das en llorar, María,
tendré que formarte coro.

MARIA. Vosotros, de mi orfandad
fuísteis el único apoyo;
mis lágrimas enjugásteis,
disipásteis mis enojos.
¿Cómo no quereis que siempre,
de mi afeccion en abono,
contempleis en mí esta lágrima,
permanente testimonio
de amor y de gratitud?

MAG. No merece tanto elogio
quien cumple la ley cristiana.
Qué es lo que hicimos nosotros?
Cumplir con la ley de Dios;
prestar al menesteroso
un auxilio; esta es la accion
que enalteces; eso es todo.

LUCAS. Vamos; que Pablo esta tarde
llegará, no me equivoco...

MAG. Las habitaciones listas
estarán, porque supongo
que María habrá cuidado...

MARIA. Sí, madre, todo está pronto...

LUCAS. Quédate aquí de atalaya,
miéntras al Dios poderoso
damos gracias por dejarnos
llegar de la dicha al colmo.

(Lúcas se emboza en la capa, y descolgando su
sombrero, sale por la puerta del fondo acompañado
de Magdalena.)

ESCENA II.

MARÍA, sola.

Por qué el pobre corazón
sus latidos apresura?

Es delirio, es ilusion,
el placer que mi razon
sueña con dulce ventura?
Si es verdad, por qué medrosa
doblo abatida la frente?
¿Por qué en senda tan hermosa
una espina dolorosa
me mortifica inclemente?
Dios con su inmenso poder
mi pena quiere enjugar
con raudales de placer.
¿Por qué viene el padecer
sus cristales á enturbiar?
Oh, llegue Pablo á estos brazos
avaros de su pasion,
si no quiere que en pedazos,
rotos sus últimos lazos,
estalle mi corazon!

ESCENA III.

JUANA, MARÍA.

JUANA. Conque es cierto, señorita,
que don Pablo va á volver?

MARIA. Sí, Juana; cómo palpita
ante ilusion tan bendita
regocijado mi sér!

JUANA. Pero don Pablo sabrá
que usted acepta su amor?

MARIA. Mi labio se lo dirá,
si no lo dijeron ya
mis ojos y mi rubor.
Á entrambos, desde la infancia
ignorado afecto unía,
que al calor de la ignorancia
y al fuego de la constancia
en nuestro pecho crecía.
Amistad que dulcemente
labrando en el corazon
de quien su semilla siente,
llegó á ser volcan ardiente

de enamorada pasión.
Amor que en los dos ardía
con misterioso anhelar,
nuestras dichas confundía...
Él con mirarme vivía,
y yo con su respirar.

Arcano extraño y profundo,
inesplicable desvelo,
tesoro en goces fecundo,
que apellida amor el mundo,
que llama delicia el cielo.

Talisman que olvida agravios,
que en placeres trueca enojos;
que sólo interpretan sabios,
con la sonrisa los labios,
con las lágrimas los ojos!

JUANA. Dichoso el que sabe amar
con esa llama bendita.

Mas me parece escuchar...
Quizás no tarde en llegar;
vámonos, pues, señorita.

MARIA. Sí; no difiera mi amor
el bien que voy á tener
denunciándome traidor;
pues lo mismo que el dolor
suele matar el placer.

(Ambas se van por la izquierda.)

ESCENA IV.

PABLO, que entra algunos instantes despues por la puerta
del fondo muy conmovido.

Qué ventura tan sincera,
qué dicha tan dulce y pura,
el miraros me procura,
sitios de mi edad primera.
Estos ojos que á María
aquí para amarla vieron
por vez primera se abrieron
á la clara luz del día.
No es mucho que mi memoria

contemple con dicha extrema,
en cada muro un poema
y en cada mueble una historia!
Por qué viéndolos estás
y hallas tus ojos serenos? (Transición.)
Traigo una esperanza ménos,
tengo un desengaño más.
Y en vano al recuerdo pido
que mi mal presente borre.
Cada minuto que corre
es un paso hácia el olvido.
Qué es lo que recuerdo alcanza?
ménos, según mis acuerdos,
valen siglos de recuerdos
que minutos de esperanza!

ESCENA V.

PABLO, EDUARDO.

- PABLO. Viste á mis padres?
EDUAR. No; pero
por la doncella he sabido
que hácia la iglesia se han ido
á pedir á quien venero
por tu vuelta deseada.
PABLO. Cuál mi suerte les inquieta!
Qué ventura tan completa
encontrarán á su entrada!
EDUAR. Debiste, cual te decía
en tus cartas avisar...
PABLO. Les hice, Eduardo, anunciar
de nuestra llegada el día;
pero en tu reproche cesa,
que si el instante callé
era sólo para que
fuese mayor la sorpresa.
EDUAR. Saben que te sigo en pos?
PABLO. No, Eduardo: me proponía
procurarles en un día
en vez de una dicha, dos.
Cuando sepan de este igual

afecto los dobles lazos,
encontrarás en sus brazos
un cariño paternal.

Te lo aseguro, no en vano,
que al conocerte, de fijo,
te mirarán como á un hijo,
como si fueras mi hermano.

EDUAR. Esos favores sin cuento
cuándo llegaré á pagarte?
Cómo podré demostrarte
mi eterno agradecimiento?

PABLO. Muy seguro de él estoy,
y con él ganando salgo.

EDUAR. Obra tuya es cuanto valgo,
cuanto tengo y cuanto soy.

PABLO. De sobra lo pagarás.
Te debo amistad cumplida.

EDUAR. Y yo te debo la vida
que vale bastante más.
De aquella noche te acuerdas,
de aquel instante horroroso
en que el vendabal furioso
del buque rompió las cuerdas?

PABLO. Sí; tu nave hacía estribor
corriendo, débil é incierta,
despedazó su obra muerta
al chocar con mi vapor.
Rotos sus palos flotaban
á la merced de los vientos,
y del timon los fragmentos
con la espuma centelleaban.
Aún en mis oídos zumba
tu grito; á no andar ligero...

EDUAR. (Interrumpiéndole.)
El marino aventurero
labrado hubiera su tumba!
Lograra entónces calmar
ese destino arbitrario
al encontrar solitario
sepulcro en el hondo mar!

PABLO. De tus anhelos extraños
me asombro. ¿Por qué ese horror

- al mundo, estando en la flor
de los juveniles años?
- EDUAR. Porque no ves de mi herida
todo el abismo profundo;
qué puede ofrecerme el mundo?
para qué quiero la vida?
Mi porvenir denso velo
de bruma compacta cubre;
mi pupila no descubre
ni una esperanza en el cielo!
- PABLO. Me ofende tu escepticismo
porque lo juzgo infundado.
¿Ídólatra te has tornado
del servil materialismo?
¿Qué extraño afán te encapricha?
No te ves, desde la cuna,
poseedor de una fortuna
que garantiza tu dicha?
Y si es cierto que has perdido
á esos padres que adorabas,
pobres víctimas esclavas
de un destino innmercido,
bálsamo fiel y cristiano
de tu suerte y tu orfandad,
no encontraste en mi amistad
una familia, un hermano?
- EDUAR. Sí, Pablo; y puedes creer
que en eso mi dicha fundo.
Y tanto desprecio el mundo
que llamaría á no ser
por eso, al bien ilusion,
oscuro problema al cielo,
al amor falso desvelo,
y á la virtud convencion.
- PABLO. Precoz y nocivo fruto
de tu falta de creencia.
Conque niegas la existencia
del amor en absoluto?
Quizás, pese á tu sentir,
algun día has de cambiar;
nadie debe penetrar
las sombras del porvenir!

De la fé la dulce calma
el hombre es tan inherente,
como al pájaro la fuente,
cual la religion al alma.
Así cual la nutricion
nuestro organismo sustenta,
así como se alimenta
del aire nuestro pulmon,
tambien el alma requiere,
como diaria subsistencia,
de esa letal influencia
el culto, que nunca muere.
Ráfaga de bien fecundo
con que Dios quiso atenuar
nuestras penas al cruzar
por el desierto del mundo.
Estímulo seductor
que nos dá la dicha extrema;
ese es el dulce poema
de cuatro letras: amor!
Negar la divina esencia
de ese amor inmaterial,
de venturas manantial,
es negar nuestra existencia!

EDUAR. Bien se nota el frenesí
con que amas á una mujer...
PABLO. Pronto la has de conocer,
pues vive tambien aquí.

ESCENA VI.

PABLO, EDUARDO, LÚCAS, MAGDALENA.

LUCAS. (Arrojándose sobre Pablo.)
Hijo de mi corazon!
PABLO. Padres míos!
MAG. (Abrazándole.) Por fin vuelvo
á verte! No es de mis ojos
acaso iluso deseo?
PABLO. No, padres, no; á vuestro lado
me teneis; no volveremos
á separarnos jamás.

MAG. Dios sin duda desde el cielo
oyó mis fervientes preces,
y á mis brazos te ha devuelto.

LUCAS. (Con el acento de la reconvenção cariñosa.)
Tanto tiempo, Pablo mio,
tanto tiempo sin ponernos
dos letras. Oh! tú no puedes
calcular por un momento
cuánto hemos tu madre y yo
sufrido.

PABLO. Lo considero
fácilmente al comparar
tambien mi pesar acerbo.
Circunstancias que más tarde
os revelará mi acento,
la causa fueron no más
de ese forzado silencio.
Pero permitidme ántes
que satisfaga mi anhelo,
presentándoos al señor
don Eduardo de Rioseco,
marino cual yo, y amigo
digno del más alto aprecio,
á quien miro como hermano,
y al que muchos bienes debo.

EDUAR. Oh! Pablo, no así exageres
de mi cariño el desvelo;
yo por el contrario soy
quien debiera...

LUCAS. Caballero,
palabras que dice mi hijo
son ya sobrado decreto
para que os considereis
de esta casa entero dueño.

EDUAR. Oh! cómo podré pagaros
tantos favores á un tiempo?

MAG. Á cuántos riesgos sin duda
te habrás visto, Pablo, expuesto
durante tus travesías
por los mares. No comprendo
ese mar tan decantado.
Oh! yo por tí lo aborrezco.

PABLO. Aborrecerlo! Escuchadme
y no habreis de aborrecerlo.
Alcázar es, que en sí encierra
preciadas joyas sin par,
dando al hombre un bienestar
que en vano buscó en la tierra.
Ora sus ondas nevadas
de las brisas al suspiro
en voluptuoso giro
se agiten entrelazadas,
ora extraña majestad
de súbito revistiendo
se conmuevan al estruendo
de gigante tempestad;
ya en su tranquilo reposo,
ya en su combate lejano,
siempre es bello el Océano,
el mar es siempre grandioso!
Sabe vuestra fantasía
la fuente nunca agotada
de esa llanura azulada
de grandeza y de poesía?
Quién ha podido olvidar
los encantos que atesora,
si ha visto salir la aurora
alguna vez en el mar?
Cuando de la noche oscura
la luz el celaje doma,
habeis visto cómo asoma
aquella lumbrera pura,
que tras fantástico monte,
como un punto apareciendo
va lentamente subiendo
por el lejano horizonte?
¡Cómo aumentando va luégo
aquel punto enrojecido,
hasta quedar convertido
en una rueda de fuego!
Cómo ostenta su grandeza,
ese sol, astro sin par,
mirando á sus piés el mar;
los cielos en su cabeza!

Entonces siente el marino,
de aquel desierto en la calma,
que allá en el fondo de su alma
bulle un destello divino;
y es, que el espacio en pos
al sondear la inmensidad,
comprende la majestad
infinita de su Dios!

Y presa de aquel desvelo
abstracto, casi intuitivo
por un impulso instintivo.
levanta la vista al cielo!

Tu pecho el error redime;
porque en ese mar profundo
es donde el Autor del mundo
se nos muestra más sublime!

MAG. Dices muy bien, hijo mio,
de ese espacio en el silencio,
espacio que la verdad
puebla sola con sus ecos,
es do á aquilatarse llega
la potencia de los cielos!

LUCAS. Pablo, al fin me has conmovido!

PABLO. Padre, perdonad mi empeño.
Pero en dónde está María?
Cómo es que ausente la encuentro?

LUCAS. Justamente aquí se acerca;
y nosotros, comprendiendo
por el fuego de tus ojos
lo que nos calla tu acento,
con ella á dejarte vamos,
aunque tras costoso esfuerzo!

PABLO. Oh! padre.

LUCAS. Ingrato, creiste
que todo no lo sabemos?

PABLO. Y qué opináis?

LUCAS. Que un buen padre
debe ser siempre el primero
en secundar la ambicion
que el hijo esconde en su pecho,
siempre que no esté reñida
con su honor.

PABLO.

Benigno cielo!

Oh! gracias, padres. Me haceis
el más dichoso...

LUCAS.

Silencio,

que ya se acerca María;
pon á tu emocion un freno,
y háblala; porque á mi ver,
no habrás de perder tu tiempo.

MAG.

Hasta despues, Pablo mio.

LUCAS.

(Haciendo pasar á Eduardo por la puerta de la izquierda.)

Cuando gustéis, caballero.

ESCENA VII.

PABLO, solo.

No es acaso una ilusion
de este deseo ferviente?
Cómo palpita vehemente
conmovido el corazon!
Sí; pronto en dulce emocion
la encontrará mi ansiedad;
haz, Dios justo de bondad,
con bienhechora mudanza,
que esta indecisa esperanza
se convierta en realidad!

ESCENA VIII.

PABLO, MARÍA.

PABLO.

Ah! mi María.

MARÍA.

Pablo!

PABLO.

Ya el cielo

á sus rigores
fijando un término,
muestra á mis penas
de un bien inmenso
la perspectiva
que tanto anhelo!
Á ver tu rostro.

MARIA. dichoso vuelvo!
Oh, que agitado
latió mi pecho
cuando mis ojos
te descubrieron.

PABLO. Ya para siempre,
verásme tierno
junto á tu lado
de amor sediento.

MARIA. Tanta ventura
que casi es sueño,
jamás se trueque
por mal acerbo!

PABLO. Dime, María,
bien hechicero,
¿mientras ausente
mi sino adverso
de tí me tuvo,
algun recuerdo
no consagrabas
al que en el medio
del mar airado,
de amor muriendo,
sólo en tu imagen
halló el consuelo?

MARIA. Oh, tal hacías?
Pues yo hice eso!
que esas memorias,
esos recuerdos,
son de mis dichas
los pensamientos!

PABLO. Enajenado
tu acento tierno
torna á mi mente
presa de duelos!
Por fin aceptas,
ángel benéfico,
de mi amor puro
los juramentos?
No es fugaz soplo
de mi deseo,
éste, del alma

feliz ensueño?
Díme que acoges
mi amor sincero...
Dí que me quieres!
Díme que es cierto!

MARIA.

¿No ya mis ojos
con vivo fuego
te declararon
lo que sintieron?
¿Del alma mía
no oíste el eco,
en la elocuencia
de su silencio?
Y este suspiro
que exhala el pecho,
de mi existencia
no te hizo el dueño?
No son los labios
débil reflejo,
de lo que gozo,
de lo que siento!

PABLO.

Oh! mi adorada,
que Dios el premio
te legue un día,
cual yo le ruego.
Tú de mi vida
fuiste el aliento;
mis esperanzas
cifré en tu afecto.
Si mis placeres
por tí nacieron,
para tí tan solo
vivir anhelo.

MARIA.

Oh! Pablo mío;
si mi recuerdo
nunca apartado
fué de tu pecho,
tampoco el tuyo
por un momento
de mi existencia
miróse léjos!
Cuando en las noches

de insomnio acerbo,
reposo en vano
pedí á mi lecho,
con solo un nombre
mi pensamiento
trocaba en dicha
su atroz desvelo.
Cuando mis ojos,
del mar sin término
los espumosos
oleajes vieron,
yo en cada onda
mandaba un beso;
y en cada espuma
puse un recuerdo!
Y cuando airadas
se estremecieron,
chocando rudas
con largo estruendo,
yo en preces puras
rogaba al cielo,
que te salvára
de un fin funesto!
Y él me ha escuchado,
pues que benéfico
á tus hogares
hoy te ha devuelto!
Oh! cuánta dicha,
tesoro bello,
me dan tus labios
con tal deseo.
Que nunca, suerte,
me halle despierto,
si es lo que escucho
no más que un sueño!

PABLO. Pronto, mi Pablo,
los dos veremos
que es nuestra dicha
sólido templo.

PABLO. Bendito seas,
arcángel célico!

MARIA. Por fin, en goces

PABLO.

MARIA.

PABLO.

MARIA.

troqué mis duelos!

ESCENA IX.

PABLO, MARIA, EDUARDO.

EDUAR. Pablo! Pablo!

MARIA. Oh! Dios!

PABLO. No temas...

EDUAR. (Reparando en María.)

Ah! Señorita... (Qué mi ro!

Qué belleza! Fuego extraño

en mi pecho conmovido

se enciende sólo al mirarla)...

(Quédase estático contemplándola.)

PABLO. (Á Eduardo.) Llega; presentarte ansio

á esta jóven, cuyo nombre

no te es ya desconocido.

María, la que mi esposa

será...

EDUAR. (Ap. mirándola con tenacidad.)

(Qué rostro tan lindo!)

PABLO. María, mira en Eduardo

á mi más probado amigo,

y trátale desde hoy

cual si fuera hermano mio.

(Á Eduardo.) Eduardo, en vano quisiera

las dotes que en ella admiro

pintarte, porque muy en breve

las descubrirás tú mismo.

EDUAR. Mi señora!...

MARIA. Caballero!...

PABLO. Se prohíben los cumplidos!

EDUAR. (Ap.) (Oh! Cuál se agita mi alma

de una emocion al dominio

que jamás creí sentir!

Cuál de sus ojos el brillo

me ha abrasado el corazon.

MARIA. (Ap.) (Qué indican sus fieros ímpetus?)

PABLO. (Observando á Eduardo.)

Qué te pasa, Eduardo? Dí

qué tienes? Por qué encendido

- miro tu rostro?
- EDUAR. (Con sonrisa forzada.) Perdona,
si la emocion no resisto.
Tantos placeres, á cual
más grandes en un dia mismo,
la sola causa son, Pablo,
de que me halles conmovido.
(Ap.) (Por qué turbada mi lengua,
denuncia este amor proscrito?)
- PABLO. No obstante, Eduardo; no encuentro...
- EDUAR. Ignoras que mi destino
(Marcando las frases.)
sañudo siempre de tales
alegrías me ha excluido?
Poco acostumbrado estoy
al goce, mucho el martirio!
- PABLO. (Á María.) Eduardo es muy desgraciado
por su genio descreido...
Crearás tú que del amor
niega el poder infinito?
- MARÍA. Es posible, caballero?
Á mi ver, ese dominio,
dulce tirano del alma,
es el más sólido vínculo
que une al humilde mortal
con el Hacedor Divino.
- EDUAR. Hubo un tiempo, señorita,
en que negué sus hechizos,
pero hoy ya... (Conteniéndose y aparte.)
(Qué iba á decir!...
- Calla labio; calla pío!)
- PABLO. Vamos, al fin te convences
que era tu error inaudito;
á tí, María, la gloria
te tocó de convertirlo.
- EDUAR. Oh! no, Pablo. Aunque te burles
de mi refractario instinto,
hoy más que nunca lo niego!
- PABLO. Cómo? Y nuestro ejemplo mismo
á tus ojos palpitante,
no te decide á admitirlo?

ESCENA X.

DICHOS, LÚCAS.

LUCAS. Pablo, Eduardo, venid todos,
que el tradicional cocido
nos aguarda.

PABLO. Ven, Eduardo...

EDUAR. Andad, que en seguida os sigo.

(Abriendo la ventana.)

Quiero el aire del jardín

respirar.

PABLO. No te lo impido.

(Vánse todos menos Eduardo por la derecha.)

ESCENA XI.

EDUARDO, solo.

De mi loca fantasía !
es esto acaso un delirio?
de qué nace este martirio
que ya va siendo agonía?
Del amor en el combate
quien nunca sintió pasión!...
Si no tengo corazón
qué es esto que tanto late?
Pobre mortal que no aciertas
un capricho á avasallar;
dejándote dominar
por esas llamas inciertas!
Qué es el amor? Un desvelo,
una continua tortura,
una fingida ventura,
un abstracto y vago anhelo!
Á qué con torpe razón,
hija no más del cinismo,
pretendo acallar yo mismo
la voz de mi corazón?
La amas, Eduardo; y alcanzas
que es inútil lo que alientas?

con qué ilusion te alimentas?
dónde están tus esperanzas?
Ella la esposa va á ser
de tu más probado amigo,
del que se expuso contigo
por salvarte, ó fenecer!
De la tortura en el potro
me coloca siempre el hado;
el corazon por un lado
y la amistad por el otro.
Qué hacer; cómo la ansiedad
terminar de esta opresion?
Me detiene el corazon!...
Me separa la amistad!...
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion de jardin; á la derecha la puerta que da entrada á la casa; por el fondo una verja corrida, con puerta en el centro practicable.—Baños en los primeros términos.

ESCENA PRIMERA.

LÚCAS y MAGDALENA, sentados ambos.

LUCAS. Mujer, si no estás contenta
de contentar no eres fácil;
todo por fin te sonríe.

Ya Pablo acabó sus viajes,
y por siempre con nosotros
habitará en sus hogares.

MAG. Sí, Lucas, es la verdad.

Razon no tengo al quejarme.

LUCAS. Cuándo será el matrimonio?

Que á juzgar por las señales,
los dos muchachos se quieren
mucho; no hay más que observarles,
á ocultas, cuando se miran,
para comprender que es grande
el amor que se profesan;
amor que ya mucho ántes
de partir Pablo, sentían
sin acertar á explicarle.

- MAG. Yo tambien quisiera, Lúcas,
que en breve se haga el enlace,
aunque el corazon presagia
aflicciones y pesares
en ese cariño.
- LUCAS. (Interrumpiéndola.) Siempre
estás tú dale que dale!
- MAG. (Abstraída.) Yo de María no dudo;
por el contrario, me place.
- LUCAS. Si no dudas de María,
entónces, en qué fundaste
ese cobarde temor,
que es casi incalificable?
- MAG. No te lo puedo explicar
Lúcas, ¡ojalá me engañe!
pero muchos sinsabores
preveo que ha de costarle
á Pablo este casamiento.
- LUCAS. Seamos más materiales,
y examinemos las cosas
como seres razonables.
María es honrada y buena,
como que tú la educaste.
Pablo y María se adoran.
- MAG. Sí.
- LUCAS. Pues entónces, qué diantre
podemos temer? Qué? Nada.
No prosigas tus dislates.
- MAG. Me fundo sólo en la voz
del corazon.
- LUCAS. Pero, válgame
el Señor! qué es lo que dice
esa voz inexplicable?
- MAG. (Mirando hácia la verja, por la cual aparece Pa-
blo, reflexivo y caminando con lentitud.)
Mira, Lúcas, mira á Pablo...
- LUCAS. Bien revela en su semblante,
por lo abstraído que está,
cuánto amor en su alma late!
Procura delante de él
tus temores ocultarle...
- MAG. No, Lúcas; por el contrario,

al dar un paso tan grave
que habrá de cambiar su suerte,
quizás no nos perdonase
nunca, si hablarle evitáramos
hoy que aún es tiempo, explicándole
nuestros secretos temores.
Tal vez él nos desengañe...

LUCAS. Bien; si es caso de conciencia,
te permito que le hables.

MAG. Pero...

LUCAS. Me voy; está visto,
no valgo para estos lances!
(Váse por la derecha.)

ESCENA II.

MAGDALENA y PABLO.

PABLO. Qué direis, madre, de mí,
que os he llegado á olvidar,
por dar pábulo al amor
que en mí late? Oh! no creais
que nunca vuestro cariño
pueda otro afecto amenguar.

MAG. Yo no te culpo, hijo mío.
Bien concibo yo que estás
bajo el dominante influjo
de la pasion más voraz.
No puedo en nada culparte!
No! Si es lo más natural,
que aquellos que por tí hicieran
tantos sacrificios ya,
pospuestos desde hoy en tu alma
se miren por otro afán!

PABLO. Madre! No me digais eso;
vosotros siempre ocupais
el sitio más preferente
de este pecho en la mitad!

MAG. Qué bien se trasluce, Pablo,
lo enamorado que estás!

PABLO. Sí, madre, mucho, y al cielo
no ceso siempre de dar

las gracias, porque en mi senda
puso un ser angelical.
Madre, es tan buena María,
yo disfruto de tal paz
cuando me encuentro á su lado...

MAG. Que nos llegas á olvidar!
Celos son estos de madre,
Pablo, que perdonarás,
no es cierto, al ver que los dicta
un cariño sin igual?

PABLO. Descubro en mi idolatrada
tanta modestia, á la par
de un amor fiel y constante,
que ni aun mi ausencia fatal
entibió; miro en sus ojos,
nuncios de felicidad,
y auroras de vivos fuegos
do mi sol cifrado está,
tanta ventura escondida,
de amor tan puro raudal,
que á imploraros vengo, madre,
el término de mi afán.

MAG. Crees tú que á su lado siempre
tendrás ese bienestar?

PABLO. Sí, madre; tan poseído
estoy de que así será,
que sólo de vos depende
que se torne en realidad
este sueño de mi mente
por lo puro y celestial;
esta hechicera esperanza
que me alumbraba en el mar.

MAG. (Con gravedad.) Paso grave, Pablo]mio,
de trascendencia vital,
es el paso que resuelto
tu amor se propone dar.
Pero, trocando por calma
de tu ilusion la ansiedad,
de esa pasión despojado,
que suele ser tan fugaz,
con despacio meditaste
el paso que vas á dar?

- PABLO. Si, madre; estoy decidido.
MAG. Perderás la libertad;
á una cadena tejida
de flores al empezar,
y despues de duros hierros
tu amor te esclavizará...
Aparta el vértigo, Pablo,
de tu juvenil afán,
y piensa en las exigencias
de ese contrato social,
que la muerte solamente
de romper fuera capaz.
- PABLO. Teneis, madre, algun motivo
de fundada gravedad
para hacerme desistir
de ese hondo amor, por el cual
placeres me brinda el mundo
y encantos la sociedad?
- MAG. (Ap) (Á qué por necios temores,
de mi amor hijos no más,
marchitar sus esperanzas
y su ilusion disipar?)
(Alto.) No; hijo mio, por fortuna,
motivos en contra no hay.
- PABLO. Oh! madre mia, me haceis
el más dichoso mortal...
Abrazadme; la primera
habreis de ser en secar
las lágrimas que en mi júbilo
los ojos inundarán.
- MAG. Yo misma eduqué á María,
y yo la he enseñado á amar
á Dios; testigo constante
fui de su vida... mas ay! (Llorando.)
- PABLO. (Asombrado.) Á qué ese rebelde llanto
pugna así por anublar
vuestro rostro, madre mia?
Llanto de felicidad
lo tolero; pero un llanto
que es aborto de un pesar,
no espereis que sufra el día
que mi dicha alumbrará!

- MAG. Tienes razon, hijo mio...
Vé presto á comunicar
esta aventura á María...
- PABLO. Sí madre, Dios premiará
vuestro cariño hácia mí.
- MAG. Si os lega tranquila paz,
labrará el premio mayor
que yo pudiera soñar.
Pero, escúchame, hijo mio,
ese amigo que aquí está...
- PABLO. Eduardo? No temais, madre,
es un corazon leal.
- MAG. Confianza en él depositas?
- PABLO. Cobrad la tranquilidad.
Le miro como á un hermano.
- MAG. Está bien, no digo más.
Busca á María, y la nueva
anúnciale sin tardar. (Váse Pablo.)

ESCENA III.

MAGDALENA, sola.

(Con mucho fervor.)

Que sea feliz, Dios mio!

Pueda la dicha lograr!

Si hay dolor para mí sea,
para él la felicidad!

(Váse Magdalena; queda la escena sola durante
breves instantes. Eduardo aparece por la puerta
de la verja.)

ESCENA IV.

EDUARDO, solo.

Oh! qué horrible suplicio, qué agonía
se ceba en este pecho!

En balde la razon, la calma fria
invoco sin cesar; anhelo vano!

Cada vez es la pena más frecuente
que de mi corazon en el arcano

va acabando la vida lentamente.
Por qué las fibras de mi helado seno
así enardece tu febril delirio?
Por qué decretas mi fatal martirio
al infiltrarme tu traidor veneno?
Engañosa sirena,
que brindabas encantos al ausente,
al condolerte de mi triste pena,
no más me sigas; por piedad, detente!
Quise huir; en mi ser un generoso
impulso de nobleza,
gritábame imperioso:
«Llama á tí la cristiana fortaleza!»
Abandona este hogar, infiel amigo;
no conviertas los goces en pesares.
al que en mitad de los furiosos mares
se expuso noble á perecer contigo!
Él te brinda su pan; te da su lecho...
tú pagas al favor, agradecido,
robándole el tesoro más querido,
el puro amor que alimentó su pecho!
Sigue del hado la trazada senda,
y en silencio al llorar tu desventura
el llanto que derrame la tortura
nadie logre aquí ver, nadie lo entienda.
Por qué el piélago inmenso y solitario
que cual la duda que me abrasa oscila,
á mi suerte negó tumba tranquila
de este lento en lugar, rudo calvario?
«Refrena un loco amor que es solo un sueño,»
con voz austera la razon me dice;
en vano la amistad mi afan maldice,
y me muestra el deber su airado ceño!
Lucha terrible y cruel! El triple grito
de amistad, y deber, y sentimiento,
no podrá dominar el rudo acento
que lanza airado el corazon maldito?
Ah! pobre humanidad! Con fria calma,
por qué no quiere comprender tu dolo,
que un juguete pueril eres tan sólo
de ese abstracto anhelar que llamas alma?
Pobre cerebro, sí! ¿Por qué eres juego

no más de un corazón que te domina?
Por qué aunque luchés con empeño ciego
la causa al combatir que te asesina,
vencido siempre por las penas crueles
nunca alcanzas del triunfo los laureles!

ESCENA V.

EDUARDO, PABLO, MARÍA.

Eduardo al verlos acercarse se oculta tras las enramadas.

MARIA. ¿Conque es de veras que en breve plazo
el sol veremos de nuestra union?

PABLO. Sí, amada mía, sagrado lazo
nos da por premio nuestra pasión.

MARIA. Qué buena madre te diera el cielo!
tú nunca, Pablo, podrás pagar,
los sacrificios con que su anhelo
hace tu dicha por coronar.

PABLO. Santuario noble guarda mi seno
dándome vida con su calor,
y con tres nombres sólo está lleno;
los de mis padres... y el de mi amor!

EDUAR. (Oculto.) (Oh! cruel suplicio; ruda agonía!
Yo sus amores voy á escuchar!

Por qué una tumba negóme impía
allá en su fondo revuelta mar?
En vano invoco feliz bonanza.)

PABLO. Quién nuestra dicha pudiera ver!
EDUAR. (Oculto.) (Ay del que llora sin esperanza!)

PABLO. Feliz me has hecho con tu querer.

Tú no conoces, hermosa mía,
todo el tesoro de mi pasión.
Hasta en su sueño por ti latía
regocijado mi corazón.

Cuando en los mares algún consuelo
mi pobre pecho necesitó,
al nombre santo del Dios del cielo
siempre juntaba tu nombre yo.

Ay del que en medio de su llanura
sólo un recuerdo guardaba fiel!

EDUAR. (Oculto.) (Ay del que á solas amargo apura
sus propios celos en cáliz cruel!)

MARIA. Un ser en tanto por tí vivía,
por tí rogaba, clamando á Dios
por el marino que no volvía
de los peligros del mar en pos!

PABLO. Al fin comprendes mi amante acceso!

MARIA. Sí, Pablo mio.

PABLO. En prueba fiel
deja que estampe púdico beso
sobre esos labios de dulce miel!

MARIA. Pablo, repara...

PABLO. No rigurosa
un premio niegues á mi pasión,
porque es de mármol tu tez preciosa,
ha de ser mármol tu corazón?

EDUAR. (Oculto.) (Dios que te llamas consuelo eterno,
dáme esa calma que no hallo ya;
y hablo de calma... ¡Dáme un infierno,
que su tortura menor será!)

PABLO. Ídolo mio, ya en ansias ardo
porque mi amigo sepa este bien!

MARIA. Pablo!...

PABLO. No temas, verás que Eduardo
dichoso entónces será también.

Díme, ángel mio, dí que me quieres.

MARIA. Tú eres mi sola felicidad.

EDUAR. (Oculto.) (Deber impío, qué amargo eres!
Oh! qué costosa fué la amistad!)

MARIA. Por qué, mi Pablo, des que te quiero,
desde que vivo con tu arrebol
se muestra el mundo más placentero
y luce y sale más bello el sol?
La amante tierna que así te adora,
por qué en su sueño creyó admirar
tintes del ambar en esa aurora,
más ricas perlas en ese mar?
Bebe en el lago, suave ternura;
sonríe al canto del risueño,
halla en el bosque fértil ventura;
goza en los ayes del trovador!
Cuando las brisas en raudos giros

van tras su paso, con ténue son,
juza los ecos de sus suspiros
como respuestas á su pasión!
Y cuando eleva su vista al cielo,
piensan sus ojos que logran ver,
cruzando espacios de azules velos,
una sonrisa del Sumo Ser!

PABLO. Luz de mi vida, cuánto te adoro!
con la ternura que sé sentir,
con todo el fuego que aquí atesoro,
amante juro por tí vivir.

EDUAR. (Oculto.) (Vértigo horrible que me torturas,
si ya tu herida sentí mortal,
por qué no acabas mis desventuras
con los rigores de tu puñal?
Oh! Más no puedo, paciencia vana;
cómo los gritos de esta pasión
domar pretendo con fuerza insana,
siendo juguete del corazón?
Próxima al crimen mi mano veo,
que me espolea negra maldad.

(En el paroxismo de la ira.)

Ante las leyes de mi deseo
callen las leyes de la amistad!)

(Sale de su escondite en el desórden consiguiente
á su estado. Pablo, que nada sospecha se adelanta
á él, abrazándole cordialmente.)

ESCENA VI.

MARÍA, PABLO, EDUARDO, que ha salido de su escondite.

PABLO. Eduardo, cuánto me alegro
de verte... la nueva fausta
conoces ya? Mi destino
por fin su rigor acaba...

EDUAR. (Ap.) (Dios del cielo! Este tormento
no calculé.) Dí la causa;
pues sabes que mi amistad
parte en tus dichas reclama.

PABLO. Mal hiciera si un momento
lo pusiera en duda. Basta

de circunloquios y entremos
en materia. Van mis ansias,
Eduardo amigo, á lograr
el bien que tanto anhelaban!
Me caso con mi María.

¿Sabes tú cuánta bonanza
cuánta ventura inefable
para mí esas frases guardan?
Perdóname; para tí

tambien. Ya sé que tu alma:
goza siempre que yo gozo
y llora al par de mis lágrimas.

MARIA. Dios sin duda al ver su amor
que la ausencia no entibiara,
y al mirar que sólo en él
cifrada está mi esperanza,
con tanta dicha nos prueba
su caridad soberana.

EDUAR. (Ap.) (Hasta las heces el cáliz
hoy debe apurar mi alma:
celos que hervís en mi pecho,
dadme una tregua... una pausa!)
(Alto.) Bien haces en suponer
Pablo, que me alborozára;
culto á la evidencia rindes
al decir que en tu desgracia
la misma parte te pido
que en tu placer.

PABLO. Qué te pasa?
Qué tienes, Eduardo? Estás
demudado. ¿Por qué pálidas
han perdido tus mejillas
su color?

EDUAR. Tu voz me extraña!
(Con sonrisa forzada.)
Estoy lo mismo que siempre...
Ves, ya me rio. No es nada...
Ilusiones de tu mente!

PABLO. Eduardo, por qué me engañas?
Tú no estás bien. Hace tiempo
que encuentro muy demudada
tu jovial fisonomía.

Revele tu lengua
la causa de tu pesar.

EDUAR. Nunca me he hallado, á Dios gracias
mejor que desde que estoy
á tu lado...

PABLO. No me basta.

Por más que me arguyas noto
contradiccion muy marcada;
entre tu tez macilenta
y tus alegres palabras.
La triste monotonía
de nuestra vida te cansa?

Mira, Eduardo, que no quiero
que estés triste; tú, mi amada
y mis padres, compendiais
las ambiciones de mi alma.

EDUAR. No sé cómo he de pagar
amistad tan noble y cara...
No os parece, señorita,
que de la desmesurada
inmerecida afeccion
que el buen Pablo me consagra,
son hijos estos temores
que en nada cierto se basan?

PABLO. Mira, María, te encargo
que le trates con confianza...
como si fuese un hermano
del que te lleva á las aras.

MARIA. En la amistad que le tienes
hay causa justificada
para que le mire yo
con deferencia sin tasa.

EDUAR. (Ap.) (Dios del cielo, dame fuerzas!
Hipocresía liviana
disfraza mis padeceres
con la risa de tu máscara!)

PABLO. Estar serio, cuando á mí
me cerca ventura tanta,
cuando todo me sonrie!...

Responde, qué penas guardas?

EDUAR. (Ap.) (Oh! sí; el amigo ante todo,
mi ilusion era un fantasma!)

Ven, Pablo, á mis brazos, ven...
perdona á mi extravagancia
esta súbita tristeza...

Tú sabes que soy un pária
en el mundo; no te extrañe,
que al rigor de mi desgracia,
hasta mis sonrisas sean
crepúsculos de mis lágrimas.

PABLO. Pues hoy no permito llantos,
y aquí mando yo...

EDUAR. Me acaban
de convencer tus razones...
(Ap.) (Oh! Dios, qué duro es el alma
tener deshecha en pedazos
y reir á carcajadas!)

PABLO. Ya que te veo reir,
tal como yo deseaba,
en completa libertad
te dejo; estás en tu casa...
manda, ordena, todo es tuyo...

EDUAR. No puedo darte las gracias,
que tantas son las que debo
á tu bondad continuada,
que siempre que abriese el labio
debiera de nuevo dártelas.

MARIA. Todo es por él; pues á mí
no me ha dicho nada... nada!
no os interesa mi suerte?

EDUAR. Señorita... (Ap.) (Esta es la palma
sin duda de mi martirio.)
(Alto.) Á Dios pido que os dé tantas
venturas cual mereceis.
Ojalá que mis plegarias
llegar hasta allí (El Cielo.) pudiesen
envueltas en esta llama...

(Ap. y reprimiéndose.)

(Corazon, qué es lo que dices?
así la amistad ultrajas?)

MARIA. ¿Qué decís? Yo no comprendo...

EDUAR. Nada, señorita, nada,
(Con penoso esfuerzo.)
sino que os quisiera ver

PABLO. feliz... con quien tanto os ama!
La felicidad que pides
Dios y mi amor han de dársela.
(Vánse ambos.)

ESCENA VII.

EDUARDO, despues de una pausa.

Horrible lucha mantengo
connigo... ¡destino amargo!
luchó, y aquí sin embargo
su imagen grabada tengo!
Decretado habrá el rigor
de ese Dios que no me escucha,
que crezca al par de mi lucha
la tortura de este amor?
No la desventura mande!
No domine al alma el juicio!
que si es grande el sacrificio
el premio será más grande.
Sí! mas qué premio me espera?
contemplar ocultamente
el porvenir sonriente
que su mútuo amor tejiera!
Martirizar mis anhelos...
morirme fingiendo calma,
y tener dentro del alma
rugiendo un volcan de celos!
Domina en tan hondo abismo
tu insensatez irrisoria.
¿Conoces cuánta es la gloria
de dominarse á sí mismo?
Labra tumba á ese placer,
dorada cárcel de un vicio!...
el deber del sacrificio
es el más noble deber!
De hoy más conviértase en templo
mi pecho en su pena ruda...
Dios mio, dame tu ayuda!
Sociedad, dame tu ejemplo! (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO, solo.

En vano á la religion
pedí fecundos consuelos.
(Con amargura.)
¿Por qué tan hondos los duelos
del enamorado son?

ESCENA II.

EDUARDO, MARÍA.

MARIA. (Saliendo de la casa.)
Qué haceis tan ensimismado?
EDUAR. (Sobrecogido y aparte.)
(Ella aquí! Señor, piedad!)
(Alto.) María, es la soledad
el placer del desgraciado!
MARIA. Quisiera, si indiscrecion
no es preguntarlo, saber
cuál es ese padecer
que oprime su corazon.
EDUAR. Á confesar no me atrevo

- la causa de mi sufrir.
MARIA. No me la quereis decir?
EDUAR. Es que ni puedo ni debo!
MARIA. Pues dadme un rayo de luz
y acaso él por él...
EDUAR. María,
en esta existencia impía
cada cual lleva una cruz.
Y al fin el sino arbitrario
deja entrever misterioso
un paraíso al dichoso
y al infeliz un calvario!
MARIA. Es delirio.
EDUAR. No es delirio!
MARIA. Yo no veo esos rigores.
EDUAR. Quien lleva la cruz de flores
nunca ve la del martirio.
La vida miro pasar
con el corazón deshecho.
Ya no le queda á mi pecho
ni el consuelo de esperar.
MARIA. En reconquistar la calma
que para vivir se anhela,
es donde más se revela
la fortaleza del alma.
EDUAR. Haga, á quien valor asista,
ese esfuerzo de vigor.
Yo no tengo ni el valor
de pensar en tal conquista.
MARIA. Pues por lo mismo, á mi juicio,
esas penas horribles,
son las que más imperiosas
exigen el sacrificio.
El bien...
EDUAR. El bien es soñar.
MARIA. Pues soñando con empeño...
EDUAR. ¡Qué triste es pedir al sueño
lo que niega el despertar.
He sufrido tanto y tanto
por la ventura que pierdo,
que ni me queda el recuerdo
ni ya me consuela el llanto!

- MARIA. Lograreis una victoria
sobre pena tan sombría.
- EDUAR. Contaros quiero, María,
de mis pesares la historia,
y si arrancaros consigo
un sollozo de dolor...
llorad sin ningun temor
sobre el seno... de un amigo!
Yo sin ventura nací
á sufrir predestinado;
á los padres que he adorado
en esos mares perdí;
y si Pablo con bravura
mi salvacion no intentára,
yo á estas horas me encontrára
tambien en su sepultura!
Me salvó su mano leal
de las olas al vaiven;
y creyendo hacerme un bien
me hizo Pablo mucho mal.
Si es cierto que me libró
de una muerte ya inminente,
á otra muerte lentamente
sin saberlo me entregó.
En mal hora le seguí
buscando prestado hogar...
una mujer singular
cautivó mi frenesí.
(Con gran intencion mirando á Maria.)
Un fuego latente, interno,
mis entrañas abrasó,
y aquí voraz engendró
las torturas del infierno,
que infierno no ha de ser
otra cosa que sentir
amor que se ha de extinguir
con la nieve del deber! (Fuera de sí.)
- MARIA. (Ap. aterrada.)
(Es que me quiere!)
- EDUAR. María,
¿comprendeis ya mi dolor?
Por qué si mata el amor

- no termina esta agonía?
MARIA. Ninguna luz entrever!
Ninguna esperanza esconde?
Ninguna voz le responde?
EDUAR. Tan sólo la del deber.
Y esa voz al par que crece
y mis venturas embarga,
en cáliz su hiel amarga
á mis suplicios ofrece:
como castigo, vivir,
como premio, una tortura,
como ángel, la desventura,
como esperanza, morir!
Ni recuerdo que olvidar,
ni sonrisas que perder,
ni delirio que esconder,
ni olvidos que recordar!
Sed juez y ved si razon
tuve al decir que mis cuitas
eran muchas, infinitas
para un solo corazon!
MARIA. Tregua dad á esos anhelos!
EDUAR. Es que no puedo, María,
un triple grito me guía:
amor, padecer y celos!
MARIA. Si fuerzas pidiendo á Dios
procuráseis dominar
esa ambicion singular
que va de un crimen en pos;
si el alma borrar se ceba
ese empeño malhadado,
que el deber no ha sancionado
y la sociedad reprueba,
no sólo conseguirá
la paz de ese corazon;
su propia satisfaccion
el premio le otorgará,
al labrar la inteligencia
libre de tal enemigo,
la ventura de un amigo,
la dicha de una conciencia!
Vuestras manos tienen

la tranquilidad querida,
la ventura merecida
de aquel cuya esposa soy...
Léjos vivid al abrigo
de ese amor, nadie lo impide.
Es una amiga que pide
por la dicha de otro amigo!
Ruego es que nace del alma.
Tal vez con fé, con paciencia,
podreis hallar en la ausencia
la dulce y tranquila calma.

EDUAR. Pedid con ruego ferviente
al ancho mar que no ruja;
al aquilon que no muja,
que no se mueva al ambiente.
A los pájaros que callen;
al sol que en noche se trueque;
al arbusto que se seque;
á los truenos que no estallen!
Que al mundo bajen los cielos,
y muestren su arcano al alma.
Pero nunca pidais calma,
MARIA. María, al que tenga celos!
EDUAR. Eduardo, partid por él...
MARIA. Por él!

Por el que la vida
os salvó de la homicida
guadaña en un trance cruel.
El que triunfa de su anhelo
y evita un crimen mayor,
ese puede sin temor
levantar su vista al cielo!
Quién de su causa en la esencia
da al alma más beneficio...
¿El llanto del sacrificio
ó el llanto de la conciencia?
Fugaz ó largo tormento
la resistencia ha causado;
más vale un placer frustrado
que un vivo remordimiento!
El uno el tiempo lo calma,
el otro el tiempo lo aumenta,

y cada instante acrecienta
 más el martirio del alma!
 EDUAR. Ese consuelo bendigo
 que fortalece mi fé.
 Sí, María, partiré
 por vos misma, y por mi amigo.
 (Pablo, que ha llegado algunos momentos ántes, se
 presenta.)

ESCENA III.

DICHOS, PABLO.

PABLO. ¿Quién habla aquí de partir?
 EDUAR. (Ap.) (Protéjeme, santo Dios!
 Él otra vez, él do quiera...)
 MARIA. (Bajo á Eduardo.)
 (Ved que os salvó.)
 EDUAR. (Ap.) (Maldicion!)
 PABLO. (Asombrado.)
 Qué os pasa á los dos que así
 me esquivais?
 MARIA. (Ap.) (Calma y valor.)
 PABLO. (Fingiré que no he escuchado
 su horrible conversacion.)
 MARIA. Sabes que nos abandona
 Eduardo!
 PABLO. ¿Qué causa halló
 tu juicio para ese viaje
 tan imprevisto!
 EDUAR. Es que voy...
 (Ap.)
 (Qué iba á decir!) (Alto.) Es que quiero...
 PABLO. No encuentras la explicacion;
 y hasta tu labio se niega
 á dar salida á la voz.
 EDUAR. Mira, Pablo...
 PABLO. (Resentido.) Así me pagas
 esta constante afeccion
 que llegué á juzgar eterna?
 Ingrato!
 EDUAR. (Bajando la cabeza.) En verdad, lo soy!

- PABLO. María, explicarme puedes
de esa partida veloz
el móvil...
- MARIA. Yo...
- PABLO. (Si á María
contagiará esa pasión?)
- MARIA. (Alto.) Tal vez su salud...
- PABLO. Infiero
que habrá de hallarse mejor
entre amigos que le quieren,
que entre extraños...
- EDUAR. Voy en pos
de médicos...
- PABLO. No me engañes
para obtener mi perdon.
- EDUAR. Voy en busca de emociones,
de anhelos...
- PABLO. Calle tu voz.
Vamos, Eduardo, tú ocultas
algun terrible dolor.
- MARIA. Voy á decírtelo todo...
La noble resolucion
de Eduardo encomio merece...
- PABLO. Explicádmela mejor.
- EDUAR. (Ap.) (Qué irá á decir...)
- MARIA. Á mi pecho
hoy el suyo confió
una oculta circunstancia
que ignorábamos los dos.
Amantes brazos le esperan
avaros de su calor;
dulces besos, impregnados
con aroma de pasión,
impacientes su llegada
aguardan...
- PABLO. De veras? No
mereces que te perdone...
Conque eres tú el que el amor
negaba?... Pero eso es cierto?...
- EDUAR. Sí; te lo juro por Dios.
(Ap.) Perdona, cielo, un engaño
por la paz de un corazón!

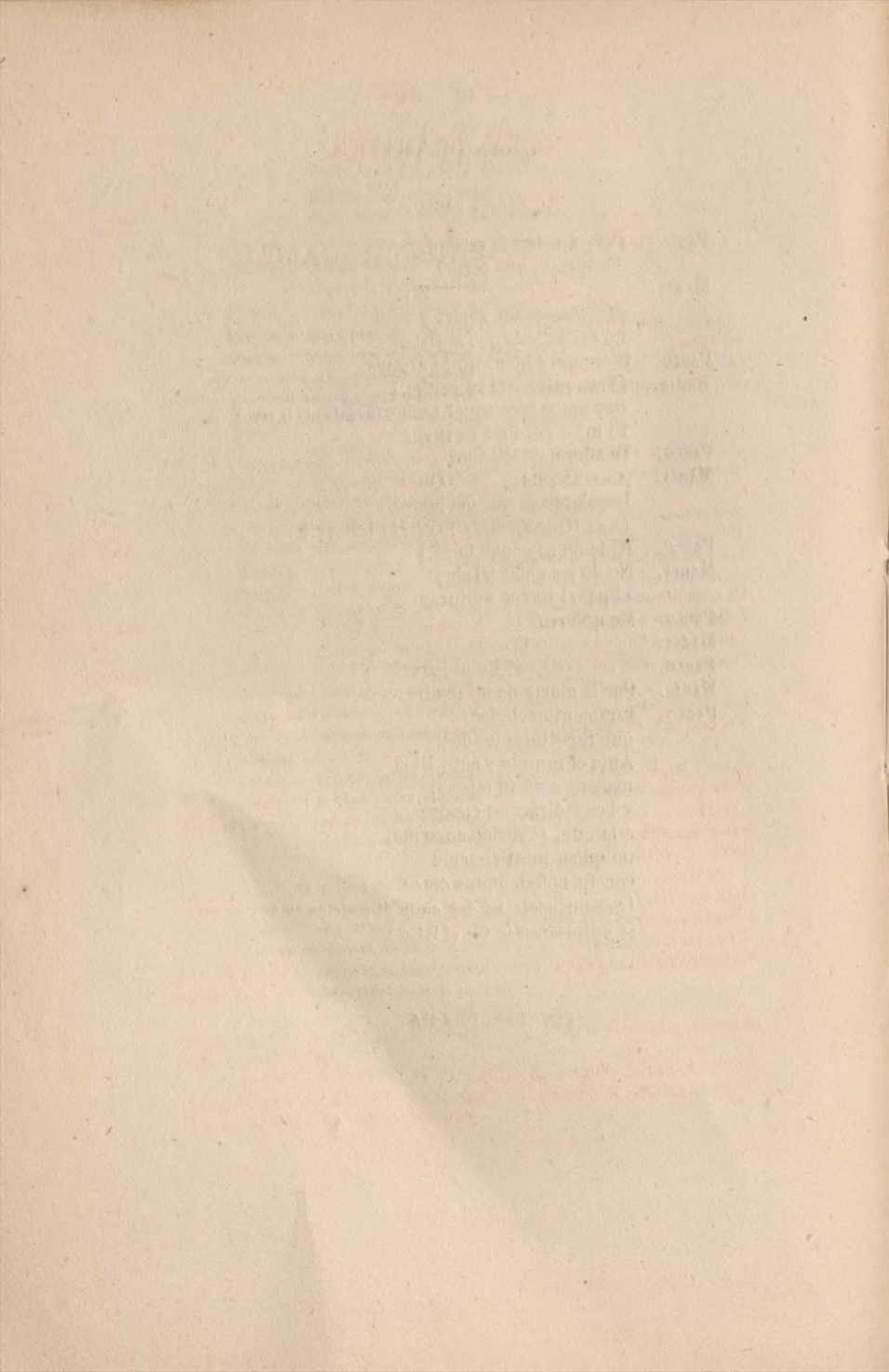
- PABLO. Pues no digo nada entonces;
parte, hijo mio, veloz...
Mas dime, volver me juras?
- EDUAR. Volveré... Amigos, adios!...
- MARIA. Aquí sólo la amistad
hallará, y allí el amor.
- PABLO. (No, no le invita á volver.)
- EDUAR. De la dicha voy en pos. (Llora.)
- PABLO. Y por qué derramas lágrimas
cuando te aguarda el calor
de esa dicha?...
- EDUAR. De una dicha!
si, Pablo, tienes razon!
(Ap.) (Abreviemos este trance,
que el valor me abandonó.)
Aceptad, señora mia,
este recuerdo... (Sacando del pecho una flor.)
Una flor...
- MARIA. (En voz baja á Maria.)
- EDUAR. (Aún húmeda de mis lágrimas,
aun tibia de mi calor...)
(Alto.) Conservadla en vuestro pecho...
(Reparando en Pablo, que le escucha.)
Oh! qué romántico estoy,
no es cierto, Pablo?
- PABLO. (Ap.) (Me abismo
en horrible confusion.)
- EDUAR. Adios, Pablo...
- PABLO. Adios, Eduardo.
- EDUAR. Y María... (Ap.) (Qué emocion...)
Hasta que los cielos quieran;
no es cierto?
- PABLO. Quiéralo Dios!
- EDUAR. Sed tan felices entrambos
como al cielo pido yo...
No me olvideis... (Desde la puerta.)
Vé tranquilo.
- PABLO. Se me parte el corazon!
- EDUAR. (Sale por la puerta de la verja.)

ESCENA IV.

MARÍA, PABLO.

- PABLO. (Voy á saber la verdad.)
Te agrada que parta?
- MARIA. Si;
pues busca un amor, y aqui
no existe más que amistad.
- PABLO. Dices muy bien. No te arguyo.
- MARIA. (Tranquilo lata su pecho.)
Hay amor bajo aquel techo. (Señalando la casa.)
El mio; pero ese es tuyo.
- PABLO. Te adoraba Eduardo?
- MARIA. (Como ofendida.) Qué?
Imposible es que me adore.
(Ap.) (Que siempre lo cierto ignore!)
- PABLO. (Que no sepa que lo sé.)
- MARIA. No de los celos taladre
el puñal tantas venturas.
- PABLO. Me quieres?
- MARIA. Sí.
- PABLO. Me lo juras?
- MARIA. Por la gloria de mi madre.
- PABLO. Juramento religioso
que repetimos los dos.
Ante el mundo y ante Dios
mañana seré tu esposo;
y bendecirán los cielos
á la que, sabiendo amarme,
no quiso martirizarme
CON EL PUÑAL DE LOS CELOS.
(Arrodillándose los dos en la disposicion en que
se hallan situados. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.



OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON A. E. MÁDAN Y GARCÍA.

- ABNEGACION FILIAL (la)..... Comedia en tres actos y en verso.
- Á CHINA..... Zarzuela en tres actos y en prosa.
- AGRIPINA..... Drama trágico en un acto y en verso.
- AL QUE ESCUPE AL CIELO. . . Proverbio dramático en un acto y en verso
(en colaboracion con D. José Mariano Vallejo).
- ANILLO DE FERNANDO IV (el). Drama histórico en cuatro actos y en verso
- ARTISTAS PARA LA HABANA... Zarzuela en un acto y en verso (en colaboración con D. Rafael María Liern).
- ASDRÚBAL..... Tragedia en cinco actos y en verso.
- BERMUDO..... Drama heroico en tres actos y en verso.
- CALVARIO DE LA DESHONRA (el) Drama en tres actos y en verso.
- CAN-CAN (el)..... Zarzuela en un acto y en verso.
- CÁNCER MORAL (el)..... Comedia en tres actos y en verso.
- CÓMICOS EN CAMISA (los).... Zarzuela en un acto y en verso.
- CUIDADO CON LOS ESTUDIANTES Zarzuela en un acto y en verso.
- DEBER Y AFECTO EN CON-
TIENDA..... Drama en tres actos y en verso.
- DOS TORTURAS..... Drama en tres actos y en verso.
- ESCALA DEL CRÍMEN (la).... Melodrama en tres actos y en prosa (en colaboración con D. Rafael María Liern..
- ESPOSA DE PUTIFAR (la).... Zarzuela en un acto y en verso.
- ESTE COCHE SE VENDE..... Zarzuela en un acto y en verso.
- GALILEO Drama histórico en tres actos y en verso.
- GRAN SUPLICIO (el)..... Zarzuela en dos actos y en verso.
- GENIO Y FIGURA HASTA LA SE-
PULTURA..... Zarzuela en un acto y en verso.
- HIJA MÁRTIR (la)..... Drama histórico en tres actos y en verso.
- LUCHA DE LA CODICIA (la).... Drama en un acto y en verso.
- LLUEVEN HUÉSPEDES..... Zarzuela en un acto y en prosa.
- MAESTRE DE CALATRAVA (el). Drama histórico en cuatro actos y en verso
(en colaboración con D. Cipriano Sevillano).
- MATRIMONIOS AL VAPOR..... Comedia en dos actos y en verso (en colaboración con D. Rafael María Liern.)
- NOVIO, PADRE Y SUEGRO..... Zarzuela en dos actos y en verso.
- OLIENDO DONDE SE GUISA.... Zarzuela en un acto y en verso (en colaboración con D. Rafael María Liern.)

PERCANCES DEL PERIODISMO... Comedia en un acto y en prosa.
 PERCANCES MATRIMONIALES... Zarzuela en un acto y en verso.
 PIEL DEL TIGRE (la)..... Comedia en cuatro actos y en verso.
 PUÑAL DE LOS CELOS (el).... Drama en tres actos y en verso.
 REDES DEL AMOR (las)..... Zarzuela en un acto y en verso.
 RIVAL DE UN REY (el)..... Drama en dos actos y en verso.
 ROBAR CON HONRA..... Drama en cuatro actos y en verso.
 ROSA..... Zarzuela en tres actos y en verso.
 SOCIALISTA (el)..... Comedia en un acto y en verso.
 TALISMAN CONYUGAL (el).... Zarzuela en un acto y en verso.
 UN CASO CRÍTICO..... Comedia en un acto y en verso.
 UN SUEÑO..... Drama en cuatro actos y en verso.
 UNA ROMERÍA AFORTUNADA... Comedia de costumbres cubanas en un ac-
 to y en verso.
 VENGANZA DEL HONOR (la)... Ensayo trágico en un acto y en verso.
 VIAJE EN GLOBO..... Zarzuela en un acto y en verso.

AUMENTO á la Adición al Catálogo de 1.º de Abril
de 1877.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Los tres novios de la niña....	1	D. M. Ramos Carrion..	Todo.
La torre de Talavera.....	1	Eugenio Sellés.....	»
Dimats 13.....	1	José Ovara.....	»
Un apremient de lleti.....	1	José Ovara.....	»
Ethelgiva.....	3	D. ^a Elisa de Luxán.....	»
La dama del Rey.....	3	D. Valentin Gomez.....	»

ZARZUELAS.

Huyendo de ellas.....	2	Povedano, Navarro, Breton y Valle....	L. y M.
-----------------------	---	--	---------

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, y *Fernando A. Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Carmen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.